

### 3.1

**D**e repente, un gran estruendo invadió el interior del edificio.

*¡Splankkk!*

Fue como un temblor de alta intensidad, semejante al de una verdadera sacudida sísmica, el cual recorrió en un par de segundos todas las estructuras de la amplia estación de metro cercana al lugar en el que vivían el monstruo y los topópteros. *Sarriko*. Tal conmoción había surgido de las mismas entrañas de la tierra.

De inmediato, las pesadas vigas del techo empezaron a desmoronarse. Los puntales de apoyo se combaron. Entonces sus armazones se estremecieron. Cuando el temblor se convirtió en una clara oscilación, varias columnas se desmoronaron y las losas de hormigón de las paredes rectas como una regla empezaron a perder su verticalidad y crujieron. En seguida, se derrumbaban, agrietando los andenes con sus golpazos. También se vinieron abajo, hechos añicos, los paneles de vidrio de diez milímetros de espesor de la cubierta inclinada, quedando el techo abierto al cielo azul. Y a resultas de este cataclismo, fragmentos de color gris cemento de la mampostería salieron volando por dicho espacio descubierta en todas las direcciones y cayendo, después, sobre el embaldosado con un gradual repiqueteo que daba escalofríos.

Se oyeron chillidos y gritos de socorro.

Fue aquello como si se hubiera producido una hecatombe, o si se quiere, un *bum* ensordecedor.

A continuación, su eco empezó a desaparecer. Todo se había convulsionado en un tris, con el resultado propio de una cruel pesadilla, y de su integridad estructural resistía ya casi nada en pie tras aquel rudo estremecimiento. Solo quedaban algunos retazos de lo que minutos antes habían sido soberbios muros.

Esta catástrofe hubiera resultado impensable cuando el último tren llegado, abandonaba raudo el tramo final de la estación y sólo se veía de él la parte trasera señalada con luces en rojo, en tanto que se perdía el traqueteo de sus ruedas.

Fue pura suerte.

Los pedazos de hormigón desmoronados se aplastaban inermes en la superficie de las vías y en los andenes.

El aire empezaba a mezclarse con densas nubes de polvo. Resultaba ya inútil respirar una bocanada de aire puro. Lo que quedaba de la estación estaba tan tiznado y sucio que apenas si se podía ver. Se encontraba en un estado deplorable, patético.

Era el caos.

A los más afortunados, les había dado tiempo de alcanzar la superficie exterior por las escaleras automáticas y, también, por las fijas, que se adentraban en la zona baja. De milagro se pudieron salvar, ya que habiendo cubierto los últimos peldaños, dichas escaleras acabaron derrumbándose, desgajadas de sus soportes y partidas por la mitad. Ya en la calle, permanecieron entre sollozos, tumbados, desvanecidos, con espasmos, dando gracias a su buen destino, o a Dios, según sus creencias.

Otros se habían echado a correr tan rápido como habían podido, despavoridos, horrorizados e impotentes, con gritos de pavor por los negros túneles del metro en dirección Deusto o San Ignacio, y algunos, fruto de dicha precipitación y del evidente nerviosismo, eran arrollados en medio de la desbandada general por los empujones desordenados e involuntarios de los que marchaban detrás de ellos en un *sálvese quien pueda*. Para su dicha siempre existían personas compasivas que ayudaban a incorporarse a los que habían sido violentamente derribados, agarrándolos de las manos o de las axilas.

Después de todo, había que dar las gracias a la buena disposición de la mayor parte de los allí presentes el que la evacuación de emergencia hubiera funcionado casi a la perfección, sin contrariedades físicas de importancia. Así lo diagnosticaron tres médicos que se encontraban por casualidad en el lugar.

No obstante, muchos de los viajeros, que habían sufrido aquel debacle y que estaban sanos y salvos con una tremenda porción de fortuna, permanecían paralizados, turbados, callados como estatuas, contemplando aquel espectáculo con una expresión de rabia y con los ojos que casi se les salían de sus órbitas por la incredulidad de lo pasado, en tanto abundantes lágrimas corrían por sus lánguidos rostros. Todos se sentían presos de un acceso de pánico al ver el alcance de la destrucción ocurrida en el interior del edificio, una estación de metro que siempre había destacado por su fortaleza constructiva. Sus caras tristes e inquietas reflejaban preocupación, y también desasosiego. Muchas parejas se desahogaban cogidas de la mano. Y hasta los niños, de pie en primera fila, eran conscientes de la gravedad

de la situación y aguantaban inmóviles, sin corretear a su antojo.

El pánico se palpaba en el ambiente.

Casi seguro que hacían siempre el mismo trayecto, encontrando a diario, a la misma hora, a las mismas personas que se dirigían a sus quehaceres cotidianos. Rara vez se cruzaban palabra alguna, limitándose a un intercambio de miradas. Y si por un casual entraban en conversación, los temas no variaban de los cambios de la meteorología o del trabajo. Nada modificaba este monótono ir y venir de un lado para otro, salvo unas justas vacaciones fuera de Bilbao o una inoportuna enfermedad. Aunque no fueran conscientes, iban envejeciendo, día a día, juntos durante el trecho que coincidían desde una estación a otra.

La situación no podía ser más desoladora. Sinistra. Incómoda. La cruda realidad.

Por el pavimento aparecieron bolsas comerciales, libros, juguetes, ... mezclados con abundantes cascotes, barandillas dobladas, asientos metálicos, piezas del ascensor, dos o tres canceladoras, dispensadores de billetes, ...

La pavorosa situación transmitía, sin ningún género de dudas, aflicción y congoja. Todo su interior estaba apagado, gris, privado de todo su empaque anterior.

Muy paulatinamente, la cortina de polvo fue reduciéndose. Cuando el aire se aclaró por fin, vieron los curiosos que permanecían fuera, en la calle, quietos, que del edificio, con abundantes grietas en forma de araña que se extendían por los muros todavía en pie, tan sólo quedaban pequeñas zonas en buen estado. Había quedado casi reducido a ruinas. Ante tanto desas-

tre, el silencio, como una nube que cruza ante el sol, dio paso a perplejos comentarios de los allí reunidos en círculos, los cuales con dificultad abandonaban sus bocas para formar parte de los más diversos bisbiseos.

Incredulidad, desconcierto, tristeza, desesperanza, rabia, furia,... Todas estas emociones formaron parte de sus sentimientos.

Era la típica expresión de la impotencia.

Y siempre sucede así cada vez que el orden establecido de las cosas se ve trastocado o cuando todo lo que parece protegido por los cálculos de los entendidos en el arte de la construcción se halla a merced de una impensable brutalidad; y en estos casos, afloran las mismas sensaciones.

Muy cerca de lo que había sido la puerta de acceso, un hombre, vestido de negro, movía sus labios despacio. Rezaba.

De inmediato, se iniciaron las llamadas de solicitud de socorro. *A todas las unidades. ¡Es una emergencia!* Y una de ellas, llegó hasta el señor JJ Dira.

— Los auxiliaremos. — Fue su respuesta.

En aquella situación, la única alternativa válida se basaba en la llegada urgente de la asistencia.

Letra, Musika y Matt tenían una sensación de ahogo y presión dentro de aquella cueva, que hacía que a ninguno de los tres les apeteciese quedarse más tiempo dentro. Ni siquiera un segundo. Lo único que les faltaba era encontrar la manera de abandonar dicho encierro.

Letra iluminó los rugosos muros con su linternita. Delante de ellos una tenue luz asomaba por un agujero.

— Por aquí tiene que estar la salida.

— Sí, aquí está.

— Musika, tú primero. Después, Matt. Y yo, la última. — Les indicó Letra.

Así lo hicieron.

Y al salir, se encontraron en medio de un espacio abierto, donde el ambiente diáfano, luego de todas aquellas horas a oscuras allí dentro, parecía deslumbrante. El sol del otoño lucía limpio, como si nada hubiera ocurrido. Para guarecerse de tanta luminosidad, tuvieron que utilizar la mano como visera. Nunca pensaron que se sentirían tan felices de ver el cielo.

*¡Por fin estamos fuera, en el parque!*

Comparado con el apremiante ahogo de aquel subterráneo, estar allí arriba les proporcionó una cierta sensación de libertad. Y se emocionaron. Muy cerca de ellos, un gorrión ensayaba su gorjeo; callaba para luego recomenzar. Sopló una débil brisa, provocando un susurro de hojas. En sus fosas nasales penetró el aire fresco. Lo necesitaban. Reinaba una gran calma alrededor. El paisaje no podía ser más hermoso y vistoso. La mera belleza los animó. Les hubiera gustado permanecer un rato sentados en la hierba, disfrutando de aquel fabuloso panorama con una apasionante mezcla de sentimientos. Pero no podía ser.

— Vayamos.

Detrás de una rica arboleda se dibujaba el Palacio de Sarriko.

— Matt, tienes que correr con urgencia. La partida de ajedrez estará a punto de comenzar. Nosotras te seguiremos.

El público, en su mayoría entendido de este deporte, ocupaba ya cuatro enormes gradas acondicionadas

alrededor del tablero dibujado en la pista. Todas las piezas del ajedrez viviente: las Reinas, los Reyes, las Torres, los Caballos y los Peones permanecían erguidos en sus cuadros respectivos, hablando casi en voz baja acerca de las estrategias del juego. De los Alfiles solo se puede mencionar a los tres presentes; el cuarto, faltaba, pero iba de camino.

El Presidente de la Sociedad de Amigos del Ajedrez de Bilbao dio la bienvenida a los concurrentes, una vez que se hubieron acomodado en sus asientos, y se congratuló de la alta aceptación que año tras año tenía tal acontecimiento en el Palacio de Sarriko. Por último, rogó retrasar el inicio de la primera partida un cuarto de hora debido a causas imprevistas.

— Sí, me voy corriendo. ¿Nos veremos después, a su terminación? —dijo el Alfil.

— ¡Por supuesto!

Estaban a punto de entrar las dos chicas en el Palacio cuando sonó un teléfono móvil. Pertenecía a Letra. Consultó el número y dejó escapar una profunda exhalación. Luego se colocó el pelo por detrás de las orejas y aceptó la llamada.

Era JJ Dira. *Tienes otro objetivo.*

— Ha acaecido un terrible suceso en la estación de metro que tienes muy cerquita. —Las palabras brotaron como si tuviera máxima urgencia por librarse de ellas.

— No nos hemos enterado... estábamos, ya te contaré, bajo el parque... y no hemos oído nada.

— Eso me he supuesto. Que permanecías en algún sitio oculto. —Hizo una pausa y prosiguió—: Debemos prestarles nuestra ayuda. Y dentro de esta catástrofe quiero que facilites especial atención a un *bebé que llora*

perdido no se sabe dónde. Los padres, uno por otro, lo han dejado solo. Hay que bajar o entrar por alguna parte y salvarle.

— Esto es terrible. —Y al pensarlo sintió como si algo se le hubiera roto dentro de su cuerpo.

— Ya lo sé. Pero, nos ha tocado resolverlo.

Letra comprendió que no podía pararse a especular lo que tenía que hacer, tenía que planear la solución mientras andaba, mejor, mientras corría. Lo que fuera que decidiera, requería nervios de acero. *Mantén la calma*, se dijo. Respiró hondo mientras se dirigía con urgencia hacia la entrada del subterráneo poco antes abandonado con la melena movida por una suave brisa sobre la frente y los ojos. Debía hablar con Xtokk. Formaba parte de su salvación. Una vez dentro, empezó a gritar:

— ¡Xtokk, Xtokk!

No tardó mucho en aparecer el monstruo, que por cierto había decidido consumir una pausa en sus idas y venidas cavilando sobre sus cosas, y con visibles muestras de extrañeza, exclamó:

— ¡Letra!

— Menos mal que te he encontrado.

— ¿Qué es lo que quieres de mí? —le preguntó Xtokk, extrañado por aquellos agudos chillidos que le habían interrumpido la tarea diaria de reflexionar. — Me has encontrado por casualidad. Estaba a punto de bajar al escondrijo donde acostumbro acostarme para echar un sueñecito, como hago todos los días desde hace algunos siglos.

— Ansío con urgencia hablar contigo —añadió ella.

Y él sin esperar, le preguntó:



— ¿Pero, qué sucede?

Y Letra, tras reposar su aliento, le explicó el asunto:

— Ha sucedido un gran siniestro aquí, en un lugar muy próximo. Y a través de esta angostura es imperioso superar los muros caídos y salvar a un *bebé que llora*, que permanece entre los derribos. Si nos ayudas, sabré demostrarte mi agradecimiento. ¿Lo has comprendido?

— ¿Y qué es un *bebé que llora*?

— Un *bebé que llora* es... Bueno, cuando lo veas, lo tendrás claro.

Era la petición más extraña que hubiese pensado jamás y haciendo sus cábalas, le pareció que el camino hasta el punto que le había señalado Letra era un tanto complicado.

— No estoy seguro si lo quiero hacer.

Ella hizo un gesto de disgusto.

— Xtokk, no te lo perdonaré en la vida, si te niegas.

— Pues, vale. Lo que tú digas. Pero no me gusta tu idea.

Le advirtió:

— Y te llamaré cobarde.

Letra apartó la vista y se dio media vuelta. Malhumorada, alzó la vista al techo. Su expresión era pétrea.

— Lo estoy considerando —le gritó el monstruo.

Sorprendida, giró su cuerpo, lanzando un soplo de alivio. Con los brazos en jarras, aguardó durante lo que se le antojó una eternidad antes de que se decidiera:

— Vale, iré. Juro por todos los monstruos que me han antecedido —en un momento repasó todas las épocas anteriores y no encontró ninguno—, que lo localizaré. Sea lo del bebé lo que sea.

Letra sospechaba lo peor. La situación parecía bastante desesperada. Y en estas circunstancias, no las tenía todas consigo. Tragó saliva. Había que rescatar al *bebé que llora* como fuera.

La angustia mandaba.

Los topópteros se le acercaron a Xtokk.

— Hemos oído la conversación.

— ¿Yyyy...?

— ¿No pensarás ir solo?

— Así es.

— Pues de eso nada, monada.

— ¿Quién lo va a impedir?

— Nos necesitas.

El monstruo rió con ganas.

— ¿Que os necesito...? ¡Ja,ja,ja!

— Sí, eso he dicho.

— ¡Explícame para que lo entienda!

— El pasadizo por donde piensas pasar al lugar del accidente no existe en su totalidad. Y nosotros podríamos arreglar este asunto. El equipo especializado en excavaciones express está preparado. Y si no quieres nuestra ayuda, pues nada. Lo dejamos. Hazlo tú solito.

Durante un periquete el monstruo se dejó llevar por la irritación, pero se calmó pronto. Después murmuró por lo bajinis—: Estos *animalillos* metiéndose siempre en donde nadie los ha convocado. Y, para colmo, siempre salen con la suya.

— Me has convencido —El monstruo asintió, aunque no de muy buena gana, dando como válido el pacto alcanzado entre ambos.

— Entonces trabajaremos juntos. Y juntos daremos con el *bebé que llora*.

— Vale.

Todos estuvieron de acuerdo en hacerlo tan pronto como fuera posible. Y Tri Um entonces ordenó:

— ¡Adelante!

— ¿Duración?

— Calculad de una hora a dos, como mínimo.

Las escuadras de topópteros desplegadas en el perímetro avanzaron con agilidad, igual que una tuneladora dispuesta a arrasarlo todo y abrir un espacio suficiente para que pasara el monstruo, y ellos también, a la vez que colocaban soportes provisionales en techos y paredes.

### 3.2

Conforme al plazo estipulado, los equipos de excavación concluyeron su trabajo y, sin más arrojos y demoras, decidieron descansar, debilitadas las fuerzas de sus patas, pero orgullosos del resultado conseguido: *Llegar a las duras paredes de cemento*. Entonces, los relevaron los integrantes de los equipos especializados en tareas de exploración y rastreo.

Había llegado el momento de cruzar al otro lado, a un espacio desconocido para ellos y del que siempre les habían hablado los mayores, y con este propósito debían abandonar su territorio bajo el parque.

No por eso se iban a echarse atrás.

*Vamos.*

Y todos se pusieron en camino.

El estruendo de sus pisadas despertaba ecos que se estrellaban contra las superficies laterales.

Con este empuje, muy pronto, en aquella negrura, los pequeñísimos ojos de los topópteros distinguieron tenues luces que, de arriba abajo, se dibujaban frente a ellos. Se acercaron y comprobaron que, en realidad, se trataba de compactos bloques, que se habían separado con el movimiento telúrico, formando un laberinto de fisuras.

Habló Tri Um:

— Desde luego, ésta no va a ser una operación habitual en nuestra actividad. Os confieso sin ambages: no contamos con el adiestramiento adecuado para este tipo de operaciones, como sí la tienen los formados en las escuelas de estrategia y tácticas de precisión; es cierto. Por este motivo, os pido un plus de entrega personal. Confío que nuestro esfuerzo sea recompensado con el éxito. Bueno, creo que este discursito de estímulo colectivo es suficiente. Así que cumplamos con nuestro trabajo y cuanto antes mejor.

Los componentes allí destacados ratificaron su arenga moviendo su cabeza. Después siguió:

— Unidades dos, tres, siete y catorce, entraremos por los resquicios que tenemos delante y rastrearemos toda la superficie. El objetivo: un *bebé que llora*. No sabemos qué es. Pero debemos encontrarlo. ¿Alguien ve algún obstáculo para llevar acabo esta búsqueda? —Ninguno se opuso; entonces prosiguió—: Cuando demos con él avisaremos a Xtokk; sin dilación está buscando un espacio suficiente para pasar debido a su

envergadura; y una vez que lo tenga en sus manos, lo llevará a las manos de Letra, ¿entendido?

*Entendido.*

Tri Um encabezó la marcha y los demás le siguieron.

Una voluntad de desafío ardía en el interior de aquellos *animalillos* y, pegándose a la pared fueron en fila hasta una grieta y, aprovechando un estrecho resquicio, accedieron uno por uno a un espacio de paredes derruidas, cubierto de residuos y cascotes. Y sin ningún recelo ni duda se atrevieron a aventurarse por aquel lugar tan apestoso, hostil.

A resguardo de un gran tocho de cemento se detuvieron.

— Aquí nos dividiremos —señaló Tri Um—. Los integrantes de la unidad dos y catorce exploraréis la zona que tenemos a nuestra derecha, llena de montañas grises. Las unidades tres y siete, a las que me uniré yo, iremos por la izquierda. Todos investigaremos cualquier escondrijo en donde pueda permanecer eso que ha denominado Letra: el *bebé que llora*.

Y con gran esfuerzo se abrieron paso a través de aquella mugre, formada por restos de paredes y columnas derribadas, siempre buscando los puntos más seguros en aquel espacio áspero y desigual.

Marchaban de acá para allá.

Tras aquella esforzada búsqueda, hicieron bien en valerse de un pequeño receso en un valle, entre los promontorios de amasijos y mazacotes, para recuperar algunas de sus fuerzas gastadas.

Foff era el más joven de aquel grupo y ansioso por investigar por su cuenta, se adentró entre los huecos

que dejaban los bloques de pared caídos. Y en una de estas incursiones encontró un objeto extraño, allí tirado. *Socorro*, gritó al verlo. Y despavorido volvió en busca de sus compañeros. Sus ojos brillaban de miedo; estaba asustado.

— ¡Socorro! —Ni poniendo todas las ganas, le salían más voces—: ¡Socorro!

Al oír aquella demanda de ayuda con voz angustiada, se acercaron sus acompañantes a su presencia tan rápido como pudieron, preguntándole qué demonios le pasaba.

— ¿Qué has encontrado, Hoff? —le apremiaban. Y por mucho que lo intentaron, solo llegaron a escuchar con una frágil vocecita los siguientes vocablos—: He encontrado...—pero, tras un largo suspiro añadió algunos más—: La realidad es que no tengo la menor idea de lo que es.

Con movimientos inquietos aquel grupo de topópteros caminó hasta el punto que Foff les estaba señalando con sus patas.

— ¡Ahí! ¡Ahí! ¡Ahí lo podéis ver!

Y al ver aquel objeto de extrañas formas que tenían delante, dejaron escapar un grito de emoción, desconcertados y también, estupefactos. Fue tal la sorpresa, se puede asegurar que nunca habían tenido una de tan semejante calibre, que se quedaron quietos, sin mover uno solo de sus músculos; ni tampoco uno de sus pelos que les crecían en abundancia en color marrón oscuro.

— Vayamos todos juntos, por si acaso. —Acordaron superado el asombro inicial. Habían llegado demasiado lejos como para retroceder por temor a cualquier cosa desconocida. Y no se dejarían vencer sin más ni más.

¿Y qué les había asustado tanto?

No era otra cosa que una muñeca con una camiseta floreada, una preciosa falda y unos zapatitos de charol. Bajo un sombrero rosa chicle surgía una melena rubita, que le llegaba hasta casi la cintura. Era delgada de manos y pies chicos, y con unos ojos de color verde, de la tonalidad de las brillantes hojas que aparecen con cada nueva primavera.

Parapetados detrás de unos ladrillos caídos, estos *animalillos*, boquiabiertos, clavaron con estupor sus ojos en aquello, y con un tanto de precaución fueron aproximándose. Poquito a poquito. Hablando entre sí. Que si esto, que si lo otro. Y cuando estuvieron cerca, no mucho después, alguien asumió el protagonismo y le dijo:

— ¡Hola!

La boca de la muñeca se abrió y de sus labios pintados en fucsia salió el mismo saludo:

— ¡Hola!

Asustados, con el estómago encogido y un nudo en la garganta, retrocedieron de un salto atrás como si se hubieran quemado, observándola con cautela. ¡Cuidado! Sufrieron unos repentinos escalofríos, en tanto pensaban en la extraña voz. ¡Hablaba! Trascorrido un lapso prudencial de incertidumbre y superada esta terrible angustia y desaparecido por fin cualquier recelo, Tri Um, como portavoz del grupo, le preguntó su nombre. No había motivo para alarmarse.

Ella respondió:

— Mi nombre es Delly.

— ¿Delly?

— Sí, Delly.

— Delly.

— ¿Y tú, cómo te llamas?

— Me llamo Tri Um.

— ¿Y qué hacéis todos vosotros por aquí?

— Llevamos a cabo una misión urgente que nos ha encomendado la señorita Letra.

— ¿Qué tipo de misión, si puede saberse?

— Buscamos algo que desconocemos qué es. Cuando lo veamos diremos, orgullosos: ¡Por fin aquí está!

— Menudo enredo si no sabéis de qué se trata y solo decidiréis que se ha cumplido vuestro propósito cuando encontréis algo y vosotros os sintáis satisfechos del hallazgo. En este caso, no os preocupéis, al fin y al cabo siempre podréis encontrar cualquier cosa y decir que era eso lo que queríais. Nadie podrá echároslo en cara.

— Eso es cierto. Sin embargo, lo que buscamos es muy importante. ¿Tú no sabrás de objetos importantes que se puedan encontrar en esta zona? Podría servirnos de pista si nos dices alguno.

— Lo siento, buen amigo. Créeme; no se me ocurre ninguna buena idea para ayudaros.

— Pues bien que necesitamos una ayudita, ya que ignoramos su color y la forma que tiene, y vagar de un sitio para otro sin conocer el propósito de nuestro empeño termina por cansar. Y lo peor, es que tal vez hemos estado durante toda esta exploración en el lugar equivocado, en el recorrido contrario a nuestros deseos<sup>11</sup>.

<sup>11</sup> Les hubiera venido muy bien contar con el hechizo del Gorro de Oro que llevaba Dorothy en el libro EL MAGO DE OZ, para resolver este problema.



La muñeca, de haber sido humana, con un gesto mecánico, le hubiera contestado: *Otra vez será*. Tri Um permaneció callado y tras un breve paréntesis, ella le comentó con cierta tristeza:

— Mi situación es diferente. Iba acurrucada en los brazos de una niña y en un plisplás he venido a parar aquí abajo, en medio de estos cascajos y restos de derribo. Seguro que me estará buscando. ¡Es tan buena...!

Los topópteros, deseando revolver aquella incertidumbre, se retiraron detrás de un trozo de pared para deliberar.

— ¿Será el *bebé que llora*? —se preguntaron unos a otros. Y como suele pasar con frecuencia en estas situaciones, unos decían que sí, y otros que no. Los que decían que sí, basaban su afirmación en que aquello les había contestado a su saludo, había hablado como ellos, y tal vez, fuera lo que perseguían. Y los que decían que no, sospechaban que no era el *bebé que llora*, sino alguien que se encontraba allí quizás para señalarles el camino hacia su objetivo.

Todos ellos estaban muy confusos.

Tras muchos dimes y diretes, llegaron a la conclusión siguiente: Seguirían la dirección marcada por uno de los brazos de la muñeca porque siguiendo aquella trayectoria, pensarían, encontrarían lo que con tanta ansia buscaban.

Sin más disputas decidieron partir con premura. Adoptando las pautas habituales, la unidad de operaciones formó de nuevo; tras lo cual gritaron casi a coro:

— Adiós, amiga.

En respuesta, la muñeca movió sus labios y les contestó:

— Adiós, amigos.